

ESOPO. — Mis fábulas son para ser contadas de gracia.

XANTOS. — Mejor... Tú me las contarás gratis, y mi nombre les darás el carácter de sistema filosófico. Escucha... Después, serás libre. Tú me darás tus fábulas; y yo... ¿Qué más quieres? Mira... Yo sé que Cleia está enamorada de ti. Te quedarás con ella, y bien pronto. Yo la repudiaré, y ella será tuya. (*Breve pausa.*) ¿Qué dices?...

ESOPO. — ¡Bébetelo el mar, Xantos!

XANTOS. — Pero... ¿no te das cuenta? Si no aceptas, los délficos te matarán.

ESOPO. — ¿Tú también entras en la sociedad de tu marido, Cleia? Yo entro con mis fábulas, Xantos con su mujer; y tú...

CLEIA (*interrumpiéndole*). — ¡No, tonto! Yo entro con mi amor, y tú entras con la vida. (*Dándose vuelta hacia Xantos.*) Sal, Xantos, y diles a los délficos que Esopo te pertenece y que sólo tú tienes derecho a castigarlo.

ESOPO. — Y tendrás que castigarme, Xantos..., porque de todos modos, para los délficos, fui yo quien robó la copa de oro del templo.

XANTOS. — Será un castigo leve, tan sólo para contentar a la gente de Delfos. ¡No perdamos tiempo! (*Xantos bate el gongo. Aparece el etíope. A Esopo.*) Te llevaré a la plaza, para que los délficos vean que has sido castigado. Devolveré la copa de oro y... ¿Dónde tienes tu carta de liberto?

ESOPO (*sacándose el papiro del pecho*). — Aquí está.

XANTOS (*tendiendo la mano*). — Dámela.

ESOPO. — No.

XANTOS. — ¿Desconfías de mí? ¿Tienes miedo de que no te la devuelva? Quédate con ella. Ve tu mismo a decir-

les a los délficos que eres mi esclavo. Yo confirmaré tus palabras.

ESOPO. — Yo no soy tu esclavo.

XANTOS. — Pero dilo. Es un pequeño engaño que te salvará la vida.

MELITA. — ¡La vida, Esopo! Tu vida y la mujer que quieres.

ESOPO. — ¿Tendré que decir que soy tu esclavo?

XANTOS. — Y estarás a salvo.

ESOPO. — ¿Me creerán?

XANTOS. — Confirmaré tus palabras, ya te lo he dicho.

ESOPO. — Si han de creer esa mentira, ¿por qué no creen en la verdad, que es más fácil?

XANTOS. — ¿Qué verdad?

ESOPO. — La de que yo no robé la copa de oro de Apolo. La de que no soy tu esclavo.

XANTOS. — Pero... si ellos mismos pusieron la copa de oro en tu alforja, ¿cómo pretendes imponer la verdad?

ESOPO. — Has llegado al punto que yo quería, Xantos. Raramente los hombres saben soportar la verdad.

CLEIA. — Entonces, véngate. Miénteles. Diles que eres esclavo... La gente soporta bien la mentira.

ESOPO. — Hay, pues, un castigo para los hombres libres que roban; y un castigo menor para los esclavos ladrones.

XANTOS. — En tu caso, sí.

ESOPO (*tras un silencio expectante*). — Quiero mi libertad... Elijo el castigo de los libres.

XANTOS. — ¡Imbécil! (*Fuera, en el jardín, se oye el rumor del pueblo, que se acerca. Melita va hacia la puerta del fondo.*)

MELITA (*en el umbral de la puerta*). — ¡Los hombres de Samos se acercan, viene hacia aquí!

CLEIA (*tras un breve silencio*). — Fui yo quien puso la



copa de oro en tu alforja, Esopo... Yo estaba allí. Vi al pueblo de Delfos enfurecido contra ti. Vi que te ibas, lejos..., que te perdía. Y entonces, mientras discutías con los sacerdotes, entré en el templo, escondí la copa de oro en tu alforja, le conté a un sacerdote que habías robado, y...

ESOPO (*interrumpiéndola con un grito*). — ¡Mientes! ¡Mientes, amor mío, mientes!

CLEIA. — Quería vengarme de ti... guardarte para mí..., recobrarte. Ahora, ya no. Ahora deben llevarme a mí al precipicio. (*El clamor del pueblo, acercándose, aumenta.*)

ESOPO. — ¡Mientes! ¡Quieres salvarme, y mientes!

MELITA. — ¿Ves, Xantos?... Fue tu mujer.

ESOPO (*imperiosamente a Melita*). — ¡Calla! (*A Cleia*.) Nos hemos extraviado, Cleia..., no hemos podido encontrarnos en la vida. Yo creí que en ti había maldad... Eres buena, eres inocente. Yo, sí..., yo soy culpable.

CLEIA (*sollozando*). — ¡No, no, por todos los dioses!

XANTOS (*a Esopo*). — ¡Tonto, estúpido! ¡Es la vida la que tienes que salvar!

ESOPO. — Aunque no me castigaras..., aunque nunca me hubieses castigado, filósofo, aprende: elijo el castigo de los libres. Eso es lo que quiero.

CLEIA (*con un gemido*). — Es tu muerte..., tu muerte. Déjame que te lo diga, hombre feo: ¡eres hermoso! (*El clamor del pueblo, fuera, crece.*)

ESOPO. — Adiós, Cleia... Soy libre. Nadie más tocará nunca mi cuerpo. Ni el látigo del etíope..., ni tus manos, Cleia. Ni el odio ni el amor. Por mis propios pasos llegaré al precipicio. (*Por la puerta del foro, aparece Agnostos.*)

AGNOSTOS. — El pueblo espera la respuesta.

XANTOS. — ¿Mi respuesta?

ESOPO. — La mía. (*Con la carta de liberto en la mano, va hacia la puerta.*) ¡La mía! (*Hablándoles a los que están*

*fuera, en el jardín.*) ¡Tomad vuestra copa de oro! (*Tira la copa hacia el jardín.*) Oíd, hombres de Samos y de Delfos, esta fábula de Esopo. Una zorra, viendo un racimo de uvas en lo alto de una parra, quiso alcanzarlo... (*Su voz es enérgica. Pero un sollozo tiembla en su acento.*) ...y no lo consiguió; y entonces, dijo: "Están verdes". Moraleja: ¡aprended que sois libres! (*Dándose vuelta hacia Xantos.*) Aprende, Xantos: todo hombre está maduro para la libertad, ¡para morir por ella! (*Hablando de nuevo a los que están fuera.*) Yo también estoy verde para el amor, verde para la vida... ¡Pero soy libre, canalla! (*Dando un paso decidido hacia la salida.*) ¡Afuera, al camino! ¿Dónde está el precipicio que tenéis destinado a los hombres libres?... (*Sale, resuelto. Fuera, el clamor del pueblo llega a su apogeo.*)

CAE EL TELÓN



